

**MARAÑÓN:
UNA VISIÓN PERSONALISTA DE LA HISTORIA**

**MARAÑÓN:
A PERSONAL VIEW OF HISTORY**

Antonio Morales Moya
Fundación Ortega-Marañón

Entregado 6-11-2010 y aceptado 10-06-2011

Resumen: Gregorio Marañón tuvo una destacada actividad como médico científico, clínico y patólogo; y en su relación con la Historia, a la que tanta atención dedicó, se le puede considerar bajo tres distintos aspectos: como historiador, como interprete de la Historia de España y como participe y testigo en las vicisitudes del tiempo que le tocó vivir. Su concepción historiográfica se funda en la integridad de vida e historia siendo el género biográfico el mejor de sus géneros historiográficos.

Palabras clave: Biografía, historiografía, liberalismo.

Abstract: Gregorio Marañón had an outstanding activity as a medical scientist, clinician and pathologist, and their relationship with History, which devoted much attention, it can be considered under three different aspects: as a historian, and performer in the History of Spain and as participate and witness in the vicissitudes of time in which he lived. His historiographical concept is based on the integrity of life and history, and his best historiographical genre is the biography.

Key words: Biography, historiography, liberalism.

Yo busco siempre al hombre, aún en el grande hombre, que suele ser tan poco humano; le busco, porque creo que es, siempre, lo esencial.

Gregorio Marañón,
Tiempo viejo y tiempo nuevo

I

No es fácil hacerse cargo en tiempos agrisados de lo que Marañón —perteneciente a la generación intermedia entre la del 98 y la del 27, de la que forman parte Ortega, Juan Ramón, Azaña, Miró, D'Ors, Picasso, Gómez de la Serna, Américo Castro, Sánchez Albornoz, Pérez de Ayala, Rey Pastor...— representó para su época. Alejandra Ferrándiz escribe que Marañón, como Ortega, acuciados por su entorno, «tuvieron que multiplicarse como socorristas en las parcelas más amplias de la cultura y el pensamiento». Marañón fue, para sus contemporáneos, «un sabio al que se atribuyeron siempre virtudes humanas que le acercaban a ese prototipo de hombre superior, para quien ningún padecimiento ni inquietud de su entorno habría de resultar inaccesible para su actuación lenitiva»¹. Hombre-pino le llamó Juan Ramón, «especie de torre humana desde que se le suponía capaz de otear tanto el paisaje de la historia como el de una hormona». Será, sin embargo, a partir de 1943, a su vuelta del exilio de París —en tan dramática circunstancia descubre el significado que América, tiene para España y al mismo tiempo afina y enriquece su conciencia histórica de hombre del siglo XX (Laín)—, cuando empezó realmente, considera Areilza, «con el abandono de toda política activa, el magisterio ético de Marañón y su enorme influencia en la vida intelectual y moral del país. La presencia de su pensamiento moral era, a la vez, estímulo y refuerzo para la pervivencia del talante libre entre los que escribían, investigaban o enseñaban en los difíciles tiempos que entonces corrían. Liberal entre las dos barricadas, mantenía en alto la docencia de los deberes como norma previa a la de cualquier otra actitud partidista o ideológica».

¹ «Aproximación psicológica a Marañón: su biografía», en *Marañón*. Exposición en la Biblioteca Nacional, Madrid, 1988.

Marañón discípulo de Olóriz, Cajal, Mardinaveita, Alonso Sañudo y San Martín, miembro de una generación que en la medición, según sus propias palabras dará el golpe de timón que, después de Cajal, «puso definitivamente la nave de la ciencia española proa al universo» y cuya figura más representativa fue Nicolás Achúcaro — junto él Hernando, Lafora, Río-Hortega, Salvador Pascual... — tuvo una destacada actividad científica al realizar «descubrimientos decisivos en el campo de la diferencia sexual, la nutrición y el metabolismo, la patología diencéfalo-hipofisiaria, y las enfermedades endocrinas en general» (Jean Vague). Mas fue, por encima de todo, un médico clínico y patólogo, que antepuso a cualesquiera vocaciones secundarias o aficiones sus deberes asistenciales en el hospital o en la clínica privada. Un médico, un «sanador», atento a la individualidad biológica y psicológica del paciente — se consideraría un «psiquiatra frustrado» — preocupado por encontrar al hombre tras el enfermo y que considera a los grandes artistas, «especialistas en la vida humana», «psicólogos supremos». Resume Pedro Laín: «Movido a la vez por la peculiaridad de su talento, tan aficionado a la contemplación y a la vida individual, y por lo cada vez más patente situación del pensamiento médico en nuestro siglo, el patólogo Marañón vio la meta y el funcionamiento del saber médico en una concepción verdaderamente integral del hombre enfermo (...) [que] fue a sus ojos una existencia humana individual alterada en cuerpo y alma por el hecho de la enfermedad»².

«La historia clínica», en sentido amplio pasa, pues, a primer término, sin mengua de la condición genérica que va implícita en el hecho de la enfermedad: «La exploración del enfermo requiere, ante todo, la rigurosa historia, no sólo clínica, sino biográfica del paciente (...). Todo es necesario o puede serlo, para comprender la enfermedad o para citar al paciente a la legítima sugestión del médico». Desde este concepto de su profesión y desde su dimensión de humanista de comprender la realidad en su dimensión plena, sin contar, como recuerda Laín, que «la valoración histórica pertenece en alguna medida a la valoración de hombre», llegará Marañón a ser historiador: «la tarea de leer libros y documentos históricos — nos dirá — es muy parecida a la de leer historias clínicas»³.

² P. Laín Entralgo, *Gregorio Marañón. Vida, obra y persona*, Madrid, 1966, p. 88.

³ Cit. por P. Laín Entralgo, *op. cit.*, p. 90.

II

En su relación con la Historia, a la que tanta atención dedicó, podemos considerar a Marañón bajo tres distintos aspectos: como historiador, como interprete de la Historia de España y como partícipe y testigo en las vicisitudes del tiempo que le tocó vivir.

Marañón, como se ha dicho, orientó su actividad al conocimiento del hombre concreto, singular: «Los médicos, (...), podríamos decir cómo han sido, en verdad, los hombres que hemos conocido (...). Lo que pasa es que no podemos contárselo a los demás. Por eso a veces algunos médicos, como me pasa a mí, gustamos de escribir biografías de pretéritos, que no son sino historias clínicas liberadas por el tiempo del secreto profesional»⁴. Y tuvo también la convicción profunda de que Vida e Historia no designan «el presente encendido y el pasado muerto», sino que la Vida es Historia «y sólo es perdurable y fecunda cuando se vive, por humilde que sea, con esta preocupación»; y la Historia es la misma Vida de hoy y de mañana, «acaso, sólo, con máscaras distintas»⁵. Entendió en consecuencia que la vida humana se realiza siempre como historia y que la acción histórica tiene como sujeto la acción libre y creadora de quien la realiza, determinada, eso sí, en su concreta realidad «por el peculiar modo de ser de su protagonista (su *carácter*), el lugar donde éste existió (su *patria*) y la situación en que tocó vivir (su *tiempo*)». Una Historia con *hombres representativos* y con la innumerable masa de los que no lo son, pero que constituyen «el ingrediente verdaderamente mudable de la Historia y por lo tanto el que de manera más acusada concede a cada situación su carácter propio, y (...) [y constituye] el núcleo permanente e inmutable de ella». Grande y pequeña historia se complementan. Una Historia, en fin, informada por una cierta idea de progreso en la medida «en que el dolor de los hombres, tomado en su conjunto es cada vez menor»⁶.

La biografía, en sus distintas formas, habrá de ser por ello el género historiográfico en el que Marañón brillará con luz propia. Hace años leíamos, quienes también creíamos en la Historia con personas, los estudios biográficos de Marañón con tanto placer como interés. Recordemos que la biografía, entre finales de la Segunda Guerra Mundial y, prácticamente, los años ochenta, se consideró en el continente europeo como

⁴ Cit. por P. Laín Entralgo, *op. cit.*, p. 125.

⁵ Preámbulo de *Vida e Historia*, 6.^a edición, Buenos Aires, 1947, p. 12.

⁶ Cit. por P. Laín Entralgo, *op. cit.*, pp. 126 y ss.

un género acabado. Bajo la doble influencia de Marx y de Durkheim, la historia se convirtió en un proceso sin sujeto, borrados los hombres en el sistema de sus relaciones sociales o anegados en una conciencia colectiva determinante de las relaciones personales. La dimensión social resultaba ser así lo decisivo: en las estructuras, en las «fuerzas profundas» se veía radicar la clave de las decisiones humanas y, por tanto, la explicación del devenir histórico. En la «historia estructural», lo biográfico, perteneciente, como el acontecimiento, a la superficie de la historia, quedaría desacreditado. Hasta cierto punto, sin embargo, el género biográfico mantuvo su prestigio en el mundo anglosajón: en *La democracia en América*, ya señaló Tocqueville la aversión de los ingleses por la abstracción, en cuanto hijos de una civilización aristocrática, preocupada por el individuo concreto, único en su género, mientras que la igualdad democrática lleva a los espíritus a la generalización, a la abstracción, a intentar establecer juicios o leyes que se aplican a conjuntos de personas e incluso a la Humanidad entera. Después las cosas cambiaron. No nos detendremos a buscar las razones: vuelta a la «comprensión» weberiana, a un paradigma individualista vigente en los más diversos campos. —Hoy día, sin embargo, paradójicamente, se acentúa la importancia del individuo frente a las fuerzas políticas, económicas y sociales—, demanda del público que busca en la historia lo que la literatura frecuentemente no daba, pérdida de respeto hacia lo privado: la «obscuridad», en términos de Baudrillard ... En el apogeo de la «historia estructural», las biografías de Marañón, en las que se buscaba lo más directamente personal, lo «más vivamente humano» (Laín) resultaban un refrescante antídoto.

Pedro Laín ha periodificado el conjunto de la obra historiográfica de Marañón, distinguiendo una primera etapa (1930-1933) en la que la condición de médico se nos muestra en primer término: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930) y *Amiel. Un estudio sobre la timidez* (1932), son estudios intencionadamente patográficos; en un segundo momento (1933-1936), el médico historiador se preocupa, más allá de unas vidas sexualmente anómalas, por las ideas, psicológicas en el caso del ensayo sobre Huarte de San Juan —*Juan de Dios Huarte. Examen actual de un examen antiguo* (1933)— o científicas y médicas en sus estudios sobre Gaspar Casal, iniciados en 1935 o en Feijoo, *Las ideas biológicas del Padre Feijoo* (1934). A partir de 1936, Marañón será ya un historiador «sin salvedades ni restricciones, historiador pleno y cabal», aunque sin dimensión clínica, aunque la experiencia del exilio, esté

siempre presente. Escribe entonces obras maestras como *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar* (1936), *Tiberio. Historia de un resentimiento* (1939), *Luís Vives. Un español fuera de España* (1942), *Cajal. Su tiempo y el nuestro* (1947), *Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época)* (2.^a edición revisada y ampliada, 1948) —«Monumental biografía que sigue siendo una marca no superada» (M. Artola)—, *El Greco y Toledo* (1956) —«Ha causado mayor impacto entre el público lector que cualquier trabajo de un historiador de arte» (J. Brown)— y *Los tres Vélez* (1960).

El referido recurso a la biografía ha tenido diversas manifestaciones: unas veces se vuelve a poner de relieve el papel que el hombre sobresaliente, el héroe —o las elites— juegan en la historia, lo que supone, de alguna manera la rehabilitación de la historia política clásica. En otras ocasiones se intenta, más que acentuar la importancia del factor personal en la historia, acceder al conocimiento de la realidad social de una época, trascendiendo, por tanto, lo individual, al concebirse aquel como elemento de una demostración más amplia: la biografía es «siempre e ineluctablemente —concluye Galo Mann— historia general vista desde un centro personal». Y es que la biografía, «rodeada de todas las garantías de seriedad y cuidadosa de restituir en toda su complejidad los lazos entre el individuo y la sociedad se nos muestra como un lugar de observación particularmente eficaz» (Chaussinand-Nogaret). Hay que destacar el método antropológico-biográfico de Caro Baroja: las personas se analizan de acuerdo con los conceptos cardinales que tienen de sí mismas y su ambiente. Estos conceptos o ideas gravitan sobre sus vidas de tal manera que determinan sus acciones en los momentos críticos de su destino y orientan el curso de la Historia (Grenwood)⁷.

¿Cómo valorar hoy las biografías escritas por Gregorio Marañón? Hay que empezar subrayando su alta calidad científica. Hemos recogido algunas valoraciones. Otra más, especialmente significativa: John Elliott, refiriéndose al *Conde-Duque de Olivares*, lo califica como «impresionante biografía del más alto nivel técnico». El mismo Marañón se ha referido a su método, a su estilo de historiador en la Introducción a *El Greco y Toledo*: «estudiar el proceso creador de un espíritu que se extinguió hace más de trescientos años, ¿qué otra cosa puede ser que una

⁷ Cfr. A. Morales Moya, «Biografía y narración en la Historiografía actual», *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, pp. 229-257.

conjetura? Es cierto que sí, mas no se olvide que conjeturas, es decir, tratar de saber lo que ignoramos, partiendo de los fragmentos dispersos de la verdad, es no sólo instrumento científico, sino quizás la esencia misma de la ciencia. Apenas sabemos entre todos los seres humanos una parte ínfima de la verdad infinita del universo; ni la sabemos del todo jamás. Por lo tanto, el hombre tiene que llenar el inmenso vacío de su ignorancia con las dos únicas cosas eficaces: para lo sobrenatural, la fe y para lo natural, la conjetura»⁸. Él a partir de inteligentes conjeturas —hoy se les llamaría «hipótesis de trabajo»— en los que se aúnan la imaginación, la cultura y la experiencia de la vida, como podemos vislumbrar el pasado e interrogar correctamente a las fuentes. Después, desde la identificación Vida e Historia: «la Historia aparatosa del pasado es nuestra misma vida humilde y cotidiana. La vida de hoy mañana será Historia»⁹. Marañón «trata de comprender y escribir con integridad y buen arte [la prosa de Marañón es fluida, clara y luminosa] una vida singular, en cuya trama, siempre compleja actúa como elemento básico y configurador una pasión»¹⁰; la de mandar (Olivares), el resentimiento (Tiberio).

El historiador-médico nos confiesa: «Yo he estudiado a no pocos personajes pretéritos, y, como ello entra en mi vocación y en mi oficio, he procurado no limitarme a colocar sus hechos sobre un nombre, como se colocan las prendas de un uniforme sobre un maniquí, sino que he tratado ante todo la humanidad del protagonista para ver si de ella brotan, y así suele ser, sus hazañas o sus pecados con la naturalidad con que cada planta surge de tierra vernácula»¹¹. Y es que, dice también, «Con muchos hombres insignes se comete el error de querer valorarlos por su obra y no por su vida»: Tal ocurre con Luís Vives, «uno de los grandes hombres que sale perdiendo si se le juzga, como hasta ahora se ha hecho, por su obra y apenas sólo por ella, porque, si su obra es amplia, llena de sabiduría y, en ocasiones, de geniales intuiciones y de generoso esfuerzo, lo importante de Vives fue él mismo: «Su vivir y cómo lo apuró. En este humanista, la humanidad superaba el humanismo, la vida a la ciencia»¹². La psicología,

⁸ En *O.C.*, tomo VII. *Biografías*; Madrid, 1971, p. 417.

⁹ *Tiberio Historia de un Resentimiento*, *O.C.*, tomo III, p. 14.

¹⁰ P. Laín Entralgo, *op. cit.*, p. 143.

¹¹ *El Greco y Toledo*, en *O.C.*, tomo VII, Introducción, p. 417.

¹² *Luís Vives (un especial fuera de España)*, en *O.C.*, VII, p. 253.

más allá de lo meramente histórico y narrativo¹³ domina las biografías de Marañón: en cierta forma, su manera peculiar de acercarse al pasado, le hace pionero de una psicohistoria que, más adelante, con Binion o Mitzman alcanzaría notorio relieve.

El profundo sentido religioso y ético de Marañón, su propósito educativo es manifiesto en todo momento: «yo no escribo nada por el gusto de escribir tan solo, sino por el deseo de influir en la conducta de los demás y en la mía». Aranguren observa: «fue, como *médico* un moralista que, para ayudar al hombre a salvarse, consideraba necesario empezar por conocer sus dolencias, sus miserias físicas. Como *historiador*, un moralista que estudiaba «casos» morales (por debajo del caso clínico correspondiente). Unas veces, es cierto, «demasiados humanos», como Tiberio, Trajano, el Conde-Duque de Olivares o Antonio Pérez, y Enrique IV, Amiel y Don Juan, pero otros —Feijoo, Cajal— enteramente ejemplares. Y concluye, «Marañón no tenía propiamente de historiador; su idea de la historia como repetición, «inexorable repetición», muestra de lo que le importaba era la enseñanza moral que de ella se puede extraer»¹⁴. Marañón busca, en fin, desde la comprensión plena, y ya desde su primer estudio, «salvar» a sus personajes de la incompreensión, de los juicios radicalmente adversos: «La verdad es que, mucha o poca, siempre hay ese punto de justicia en el elogio del hombre más condenable. Las criaturas de Dios no son jamás enteramente perversas. No hay hombre malo que no tenga algo bueno, podríamos decir de nuestros colegas de especie, con las palabras que Don Quijote aplicó a los libros. Y, sobre todo, en los personajes históricos, sujetos a la inevitable pasión de la crítica, es mucho más fácil que en los del montón el que la veta de bondad, o por lo menos de buen deseo frustrado, que nunca falta, haya quedado enterrado en el aluvión de los desiertos. Desenterrarla en hacer Historia, y noble Historia»¹⁵. La condición de «moralista» de Marañón, como la de La Rochefoucauld o Vauvernagues, suponía considerar la vida con seriedad, atendiendo sobre todo a su dimensión ética, desde un profundo sentido de la justicia.

Preocupó a Marañón —explica Ferrandiz— la autoindagación, el explicarse a sí mismo: «Las biografías a las que dedicó atención (...) pre-

¹³ *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*, Madrid, 2006, p. 25.

¹⁴ José Luis López Aranguren, «El humanismo moral de Marañón», *Papeles de Son Armadans*, 1966.

¹⁵ *El Conde-Duque de Olivares. La pasión de mandar*, p. 18.

sentan tratamientos distintos pero, en su conjunto, los personajes elegidos, la condena o salvación que de ellos se hace, los matices por los que el escarpelo del doctor y los rasgos que traza, pretendiendo dibujar a otros, son a la vez valiosos fragmentos del retrato de sí mismo»¹⁶. De esta forma Marañón se nos muestra cercano. Finalmente, el telón de fondo de estas vidas singulares que Marañón nos describe, sobre todo en sus obras de mayor empeño —*El Conde-Duque de Olivares, Antonio Pérez*— es la sociedad de la época que se reconstruye en toda su complejidad: junto a la Corte, la nobleza, la Iglesia o el pueblo, encontramos literatos y artistas: la historia general —ya hablamos de ello— enmarca —o se avista— desde la perspectiva personal.

III

Julián Marías tratando los problemas de nuestra historiografía, habló de «descenso de nivel histórico» y Juan Pablo Fusi de la necesidad de «revalorizar por igual etapas y problemas absurdamente postergados». Ciertamente, con el olvido o menosprecio de ciertos períodos de una Historia común se oscurece la memoria, los «lugares de memoria» se pierden o desaparecen y con ello se acrecienta nuestro déficit de patriotismo. Pues bien, la obra de Marañón suponía por aquellos años —los ochenta y noventa— una llamada de atención, no desdeñable ahora, para rectificar ciertos enfoques ampliamente extendidos, «desmitificadores» de ciertas épocas, por las que aquel tuvo especial aprecio.

El siglo XVIII, en primer término. Por entonces —después hubo ciertos cambios un tanto abruptos, más que confesadas rectificaciones—, y desde un más o menos consciente substrato marxista, el siglo ilustrado se interpretaba, simplificando que no deformando, más o menos así: una economía sin apenas progreso, a partir del control estamental de los medios de producción por unas clases privilegiadas que, orientando sus inversiones a gastos improductivos, impedían un auténtico desarrollo económico, perpetuando la diferenciación social entre poseedores y desposeídos; la política, a despecho de algunas medidas aparentemente progresistas, trató, en definitiva, de consolidar aquella estructura económica, como corresponde a un Estado dominado realmente por la clase que tiene el poder

¹⁶ *Op. cit.*, p. 15.

económico; la ideología de nuestros ilustrados, con escasas excepciones, se definía como ambigua, en último término reaccionaria, orientada, simplemente, a racionalizar las estructuras estamentales a fin de consolidar su permanencia. Muy otra fue la visión de Marañón —digamos, de paso, que sin una «mirada» correcta, y la corrección la da la cultura, la experiencia de la vida y el sentido común, resulta de escaso provecho el trabajo de archivo— para quien «aquel final del reinado de Carlos II debió tener todas las apariencias de que era algo más profundo que la disolución de una dinastía: parecía un ensayo general del fin de España». Mas, después de los «años de incertidumbre de Felipe V [siguieron] los reinados de Fernando VI y Carlos III en los que España, agotada de haber descubierto para los demás el mundo americano, empezó a descubrir, para sí misma, el mundo europeo»¹⁷. Y añade luego: «Interesa, sobre todo, hacer resaltar que ese renacimiento español, en el momento más grave de su existencia histórica, no se debió, como al finalizar la Edad Media, a la realización de una unidad nacional y al providencial descubrimiento de un mundo nuevo, lotería que toca una vez y nunca más, ni tampoco a victorias y conquistas terrestres y marítimas, para las que estábamos harto debilitados. Sino, sencillamente, a una política interior acertada y a una decidida obra de cultura sobre la ingente capacidad de reacción del alma de los españoles. En suma, a un esfuerzo que se puede repetir todos los días y en cuyo éxito no interviene el azar y cuyo resorte mágico se llama, sencillamente, amor al país y buena voluntad»¹⁸. Y es que «si en el caso de los grandes reyes de nuestro siglo XVIII dejamos al margen de la disputa todo lo que es circunstancia y nada más que circunstancia, queda en todo su esplendor, la obra de algunos de aquellos gobiernos que tuvieron una visión exacta y justa de que debió ser, entonces, la política de España». Concluye: «a ellos se debe también la única época de amparo decidido a la obra de nuestra cultura, sin mezquindades ni regateos»¹⁹.

Aunque después de los estudios, especialmente de Varela Ortega y de Carlos Dardé, se ha producido una cierta «rehabilitación» de la *Restauración*, los juicios sobre ella venían siendo resueltamente negativos. Incapaz de hacer frente a la «cuestión social», al autonomismo de los restos de nuestro Imperio, al nacionalismo emergente..., la descalificación se hace total con la lapidaria frase, acuñada por Costa: «Oligarquía y ca-

¹⁷ «Nuestro siglo XVIII y las Academias», *Vida e Historia*, p. 60.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 65-66.

¹⁹ *Ibid.*, p. 67.

ciquismo». Ahora bien, cuando se juzga de forma inmisericorde a la Restauración se olvida que entonces se alcanzó a configurar, en grado muy superior a lo que había habido antes, un Estado de Derecho con libertades, partidos políticos y elecciones que no fueron democráticas porque no podían serlo dado el carácter rural del país y los niveles de analfabetismo. Además, aquel mundo convencional de los «amigos políticos» tuvo estabilidad, «civilidad», siendo capaz de soportar, firmemente apoyado en la legitimidad monárquica, la crisis del 98. La población crece, la economía se desarrolla moderadamente y, al comenzar el nuevo siglo, la Generación del 98 cumplirá una función de alcance único —dice Julián Marías— al conseguir, no puede olvidarse el antecedente de la Institución Libre de Enseñanza o el de un representante de la tradición como Menéndez Pelayo, la elevación total de España: la hace entrar en sí misma y poseerse como no lo había hecho durante tres siglos; inicia nuevas maneras de pensar y escribir, supera la dependencia respecto de otros países de Europa; hace posible, en suma, que «España se instale otra vez en lo que había sido durante largo tiempo privilegio individual de algunos individuos aislados: la actitud creadora»²⁰.

Cuando Marañón habla de «nuestro tiempo», se refiere, recuerda Marías, al período comprendido entre los últimos decenios del siglo XIX y los primeros años del XX: es decir, la Restauración y la Regencia, una época que no vivió, salvo en su niñez y primera juventud —nació en 1887—. La razón, nos la da, seguramente, el propio doctor: «El recuerdo en la cima de la vida jamás es un acta notarial de lo que ocurrió sino un artificio generoso, bordado sobre un esquema de la realidad por la mano sutil de nuestra fantasía». Y, sin duda, recordaba sus años infantiles en los que tuvo contacto con personalidades eminentes: al niño tímido que fue Marañón acompañaron en su examen de bachillerato Menéndez Pelayo y Pereda y de la mano de Galdós conoció Toledo... Alimentará su recuerdo encarando el fracaso de la República y la tragedia de la Guerra Civil: abrupto contraste con una época caracterizada, escribirá, por la *plenitud vital*. Comentando el epistolario de Clarín y Menéndez Pelayo, dice: «Cuando en el futuro se escriba la crónica de nuestro hermoso siglo XIX y especialmente los años de la Restauración y la Regencia, el historiador perspicaz encontrará (...) no pocos de esos rasgos fugitivos de la vida de un país en los que están tanto como en los hechos numerables su verda-

²⁰ J. Marías, *La España inteligible*, Madrid, 1985, p. 39.

dera alma (...). Dentro de ese aislamiento y de un tono de modesto provincianismo que se infiltraba en toda la nación, puede asegurarse que pocas veces el alma de un pueblo ha alcanzado tal plenitud, tan profunda realización de lo que debía ser (...) desde aquellas falanges de grandes oradores, de grandes novelistas, dramaturgos y poetas, hasta los periodistas y los actores incomparables y los toreros (...) todo ello respiraba buena fe y seguridad un tanto infantil, pero llena de potencia creadora, seguridad de que más allá nada había mejor (...). El ombligo que unía aquella sociedad hermética con el mundo eran los hombres de ciencia y los hombres de letras; en menor proporción los artistas. Los enlaces con el arte eran principalmente con Francia y Clarín fue uno de los más ilustres representantes. Con Alemania y con Inglaterra, sobre todo con aquella la relación se hacía con los hombres encandilados por Giner (...). Había, en fin, hombres como Menéndez Pelayo, no afecto a escuela ni tendencia alguna fuera de su integral catolicismo, aunque por su misma universalidad profundamente español. Porque se da la paradoja, entonces y siempre, de que los hombre en verdad universales son los más radicales castizos»²¹.

Valora el *auge cultural* de aquellos años: «Hoy nos damos cuenta de que vivíamos una existencia élísea. Si íbamos a la universidad podíamos oír la palabra viva de Menéndez Pelayo, de Giner, de Cajal. Si abríamos el periódico, recogíamos el pensamiento recién alumbrado de Ganivet y de Unamuno (...). El libro recién puesto en los escaparates era de Galdós, de Alarcón, de Pereda, de Valle-Inclán (...) y hasta las ciencias experimentales, que no tuvieron nunca tradición en España, raza de teólogos y de eruditos, florecieron al calor de la gran efervescencia espiritual con insospechada pujanza (...). El nombre de la Ciencia española ya no necesitaba heraldos officiosos, porque su propio prestigio le hacía recorrer el mundo»²². El *renacimiento de la provincia*: un rasgo típico de la sociedad de entonces en España —Marañón lo ejemplifica, refiriéndose a Feijoo en el Norte, tan influyente en la espiritualidad española, y en el Santander de mediados del siglo XIX— fue el revivir de la vida provinciana con un impulso que de haber continuado con vida propia y ascendente, de no haber sido absorbido por la gran ventosa que desde lo alto de la meseta era la vida oficial de Madrid, hubiera evitado muchos males»²³. *El espíritu liberal, la concordia, la tolerancia* arraigaron entonces en la sociedad española.

²¹ *Ensayos liberales*, 8.ª edición, Madrid, 1979, pp. 129-130.

²² *Ibid.*, pp. 148-150.

²³ *Ibid.*, p. 131.

Este impulso exuberante del pensamiento español tuvo dos características. Primero, la de ser genuinamente nacional, más nacional que en ningún otro momento de nuestra historia. La máxima cristalización de lo hispánico es la de estos años. El «segundo Siglo de Oro español», como lo ha llamado el maestro Azorín, es de un oro más nuestro que el de los Austrias». La segunda característica fue el espíritu liberal, simbolizado por la amistad y el mutuo respeto, más allá de diferencias políticas e ideológicas, entre Menéndez Pelayo, Clarín, Galdos y Pereda. España estaba dividida entre conservadores y liberales, pero los conservadores eran, ya desde entonces, más liberales que los que se llamaban así. Cánovas, jefe de las derechas, considerado como retrógrado porque abominaba del sufragio universal, era un liberal admirable y su liberalismo, entrañable, generoso, está testimoniado para siempre en sus libros de historia y en sus discursos (...). Liberal era la Monarquía (...). El alma liberal de aquellos decenios, en España y en todo el mundo no era, como torpemente creen algunos, pura ideología de partido, sujeta, por lo tanto, al azar de sus aciertos y fracasos, sino aire de la época, que respiraban todos los seres humanos, como se respira, quiérase o no, con disgusto o con gusto, el vaho cálido de los trópicos o el aire sutil de las estepas, según donde se viva. El alma liberal dio su fruto a la civilización como lo había dado, siglos atrás, la del Renacimiento o la de Roma. Se podrá discutir el que la eficacia del liberalismo haya terminado para siempre o sufría sólo un eclipse parcial (...). Lo indudable es que el liberalismo, a su hora, fue fecundo, y en el rastro de la civilización su huella esté impresa para siempre»²⁴.

Podrían citarse no pocos ejemplos que autorizan a pensar que el clima de respetuosa convivencia que se respiró en la Restauración, según nos dice Marañón fue, siquiera efímero, real. El mismo refiere en *Elogio y nostalgia de Toledo*, el caso de Arredondo, el pintor toledano, «republicano inocente, liberal de los tiempos heroicos (...) sus ideas que entonces parecían avanzadas, le procuraron algún roce con los elementos conservadores pero acaso él los exageraba, pues una de las delicias del liberal clásico era la hostilidad benévola de los contrarios que encubría un positivo respeto y un poco de envidia. Lo cierto es que era amigo de todo el elemento clerical de la ciudad y que le hacían a él, después de mirarle de reajo, favores que, entre genuflexiones, negarán al señor obispo». O el de Manuel Carande, el padre del gran historiador, admi-

²⁴ *Ibid.*, pp. 151-153.

rador «sin límites» de Ruiz Zorrilla, concejal y teniente alcalde republicano de Palencia, a quien, ya viudo, el obispo Almaraz y Santos, después primado de Toledo, instará a ordenarse a fin de que cubriera, previas las oportunas dispensas, la canonjía de magistral en el cabildo, aplazando, mientras tanto, la provisión del cargo²⁵. Años más tarde, vivas las heridas de la guerra fratricida, se preguntaba Marañón: «¿Qué aire tempestuoso de fuera o qué violenta fermentación interior brotó sobre esta flor delicada de comprensión y de concordia que estuvo a punto de tenderse por toda la Península en los años de Restauración? ¿Qué ha pasado para que medio siglo después se quemem las iglesias y todavía se prohíba leer la obra de Clarín?».

Marañón, por último fue testigo destacado y aún partícipe de la historia, de España. Miembro de un grupo generacional que tuvo como rasgo básico, junto al afán de saber e investigar, la preocupación por la «regeneración» de un país que, tras la Restauración y la Regencia, apenas acertaba a resolver los problemas que irían surgiendo a lo largo del primer tercio del siglo XX. Conciliador, ajeno a cualquier fama de radicalismo político, espera y desea que la monarquía, como en Inglaterra o los países nórdicos, pueda encauzar la necesidad de renovación que España necesitaba: protagonizará así, al lado de Alfonso XIII, el conocido viaje a las Hurdes, comprometiendo de esta forma su alto prestigio personal²⁶. Hostil a la Dictadura de Primo de Rivera, verdadero fracaso de la Monarquía reformadora, lo dirá expresamente pocos meses después de la llegada de aquella en septiembre de 1923: «Quiero aprovechar esta primera ocasión para tomar mi posición en este asunto. Quiero hacer constar que yo no participo de este anhelo mutatorio, que me gustaría que me llamasen hombre del antiguo régimen antes que incorporarme a la falange de los que ahora, en virtud de un fenómeno puramente accidental, se sienten repentinamente renovados. He hecho mi labor y mi nombre con seriedad y no quiero cambiar. No quiero ser nuevo bajo el imperio de los que ya eran viejos cuando yo era aún niño. Que cambien los que no obraron bien»²⁷. Cofundador de la Asociación al Servicio de la República, en su gabinete negociaron Alcalá Zamora y el Conde de Romanotes una salida airosa para la Monarquía:

²⁵ Cfr. R. Carande, *Recuerdos de mi infancia*, Madrid, 1987, pp. 33 y 83-84.

²⁶ Cfr. G. Marañón Bertrán de Lis, «El mito de las Hurdes», en *Viaje a las Hurdes. El manuscrito inédito de Gregorio Marañón y las fotografías de la visita de Alfonso XIII*, Madrid, 1993, pp. 200-205.

²⁷ Cit. por P. Laín Entralgo, *op. cit.*, pp. 40-41.

«Sobre mi intervención —dirá— se creó una leyenda. Los periódicos extranjeros registraron que yo había sido *l'accoucheur de la République*. La verdad es que sólo fui un testigo presencial del parto». Exiliado a París entre 1937 y 1943 —realizará dos fructíferos viajes a América—, confiesa, en 1937, con ocasión de un banquete que le ofreció el Pen Club de Francia: «En una asamblea de intelectuales (...) hay tal vez muchos que nos tenemos que arrepentir de no haber hecho siempre un uso justo y riguroso de nuestra misión y nuestra jerarquía (...) yo, recién venido de mi país que está ardiendo, me atrevo a proclamar mi error de haber servido bajo las banderas de un humanismo que no era el humanismo verdadero»²⁸. Dado el relieve que alcanzó su figura, el doctor Marañón conoció y trató a muchos de los personajes notables que vivieron en su época —murió en 1960—, tanto en España como fuera de ella. Gómez Santos ha hecho el censo de quienes pasaron por su cigarral toledano. Premios Nobel de Ciencias y Literatura: Waksman, Marie Curie, Florey, Chain, Steinbeck, Reyes, políticos, artistas... Allí leyó Lorca *Bodas de Sangre*²⁹.

IV

Unas últimas consideraciones podrían ayudar a perfilar al historiador humanista-personalista que fue el doctor Marañón.

En primer término, y más allá de su alta valoración intelectual —y apego sentimental— de los siglos XVIII y XIX, su *vinculación al presente*, consciente de los deberes que el hombre tiene con su momento histórico. Marañón no fue, pues, un nostálgico del pasado, sino un «patriota del tiempo» y suyos son los versos siguientes:

Yo solamente deseo
ser siempre el que ahora soy.
Mí día mejor es hoy.
Mí mejor mundo el que veo
Amo a todo en lo que creo a lo humano y lo divino...³⁰

El liberalismo después, tal como lo define en el prólogo a sus *Ensayos liberales*: «yo dije entonces a mi contradictor antiliberal. Para seguir dis-

²⁸ *Ibid.*, pp. 60-61.

²⁹ Cfr. M. Gómez Santos, *Gregorio Marañón cuenta su vida*, Madrid, 1961.

³⁰ Cit. por P. Laín Entralgo, *op. cit.*, pp. 177-178.

cutiendo, es necesario que antes precisemos qué es ser liberal (...). Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: primero, «estar dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo; y segundo, no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin (...). Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir». Liberalismo, por tanto, de conducta, actitud y sensibilidad, que incorpora una exigencia de justicia social y cuyo «nervio psicológico» será la ambivalencia, lo que supone la atracción simultánea» de dos actitudes contrapuestas» (Lafín). Ambivalencia, a su lado, la contingencia, decisivas para el quehacer del historiador. La primera lleva consigo el implícito reconocimiento de las contradicciones presentes en la existencia humana y en la dialéctica de los valores sociales. Y es que las significaciones —cabría aplicar aquí el concepto lingüístico de fonema, tal como lo desarrolló Jakobson—, pueden ser distintas según diferentes maneras de combinar elementos. En cuanto a la contingencia, también presente en el pensamiento de Marañón, inseparable del liberalismo, se refiere a que las cosas podrán haber transcurrido de manera distinta a como efectivamente han tenido lugar³¹. Liberalismo «progresista», en el sentido de considerarlo como única fuerza capaz de crear sociedades vivibles y de que «lo que fue es y ha sido siempre peor que el presente.

Una tercera dimensión del doctor Marañón y que habla especialmente al español de hoy: el patriotismo ferviente y crítico. Marañón que, en aplicación del concepto de ambivalencia creía en la pluralidad de «las Españas». —«Hay para la mente universal varias Españas y no una sola: la España hidalga, la España negra, la del sol, la de la pandereta. Todas son verdaderas»— se sentía profundamente español: «Soy español —dirá en América— un español que siente hasta la médula de sus huesos, hasta los rincones más hondos de su alma, el orgullo de serlo». Crítico con un país «que nos tiene permanentemente en vilo, que bordea cada día el drama», lo amará profundamente: «No ha habido para mí descanso comparable ni premio que superase al de recorrer cualquiera de las tierras de España; hasta los últimos rincones donde late el espíritu del gran pueblo, cuyo dolor inmenso, de tragedia casi cósmica, no hace más que aumentar mi orgullo de pertenecer a él. Si el amor a España es la raíz y el decoro de mi existencia, es no sólo porque nací en la Península de los altos y tristes des-

³¹ Cfr. A Morales Moya, «Sobre la historiografía actual», en *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea* n.º 4, 1983, pp. 221 y ss.

tinios, sino porque ha empleado las horas de más noble afán de mi vida en conocerla, palmo a palmo, con la minucia incansable con que buscamos hasta las honduras recónditas del alma de la mujer amada. No hay camino en España que yo no haya recorrido, ni vereda de sus serranías que no haya hallado con mi pie, ni cima de sus montes donde no haya visto amanecer o ponerse el sol de aquellos crepúsculos, cuyo festín de luz parece que se va nunca a terminar. Por eso amo tanto a España, porque la conozco hasta los más remotos hontanares de su alma y su tierra. Por eso también creo en ella»³².

Para concluir: la concepción historiográfica de Marañón fundada en la inseparabilidad de vida e historia, se nos muestra muy cercana a la de Ortega y Gasset. Complementando la orientación introspectiva de Ganivet y Unamuno³³, influido por Dilthey, Ortega centrará en la historia el conocimiento en sí mismo del hombre. La historia —afirmará— es «ciencia sistemática de la realidad radical que es mi vida» y también: «(...) el racionamiento esclarecedor, la razón consiste en una narración. Frente a la razón pura físico-matemática, hay, pues, una razón narrativa (...) la vida sólo se vuelve un pozo transparente ante la razón histórica». Por su parte, Julián Marías articula lo colectivo y lo individual en los siguientes términos: «Ningún suceso interesa profundamente si no está referido a la vida afectiva, es decir, a la realidad palpitante, estremecida, de las vidas singulares: dicho en otras palabras *si no le pasa a alguien* lo colectivo como tal no interesa, no conmueve, no apasiona; a última hora no es inteligible, carece de sentido, nos deja indiferentes. Es menester la proyección en vidas concretas, insustituibles, para que sintamos interés y para que podamos, simplemente, entender». Tal es —nos dice— «el error de muchos historiadores, muy especialmente en nuestra época, que olvidan que la historia está realizada por hombres y mujeres, es decir, por vidas individuales, aunque lo que resulta de sus acciones vaya más allá de ellas, de sus voluntades, de sus propósitos, hasta de lo que habían imaginado»³⁴.

³² *Vida e Historia*, pp. 71-72.

³³ Cfr. J. Marichal, *Teoría e historia del ensayismo hispano*, Madrid, 1984.

³⁴ «La clave de los episodios nacionales», *ABC*, 27 de noviembre de 1987.

Nos hemos referido anteriormente al libro de Marías, *La España inteligible, Razón histórica de las Españas*. Ya Galdós, en *Montes de Oca*, había dicho: «No hay acontecimiento privado en el que no encontremos, buscando bien (...). Un cabo que no tenga enlace más o menos remoto con las cosas que llamamos públicas. No hay suceso histórico que interese profundamente si no aparece en él un bulo que vaya a parar a la vida afectiva».